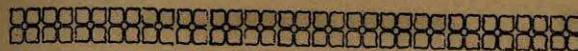


que el célebre autor dramático Emilio A... dijo respecto a mi excelente compañero Pablo B... el día en que los amigos de éste tuvieron la idea de hacer que le dieran no sé qué premio de la Academia. «¡Un premio a B...!» exclamó el viejo galo Emilio A. «¿Sabéis lo que ese muchacho es? ¡Pues ni más ni menos que un puerco triste!» «¡Un puerco triste!» repetía B... con la cándida desesperación de un escritor casto en su vida, si bien atrevido en sus libros, como acontece por lo regular. «¿Por qué no contestó al señor A... que es una ventaja el serlo?» me dijo Casal, cuando le conté esta anécdota; pero las palabras son palabras, y no consiguen hacer desaparecer la tristeza.



MEDITACIÓN V

DE LA QUERIDA

Pongamos debajo del microscopio la palabra *maîtresse* (querida), como lo hemos hecho ya con la de *amante*, procurando que no caigan lágrimas en el cristal, porque no es este el modo de ver claro, y empecemos por olvidar las horas en que yo decía a Coleta: «¡Ah, querida, querida mía!» La primera impresión que produce esta palabra *maîtresse* (1), es tan dulce y tan tierna, que hace comprender perfectamente el significado que sus inventores han querido darle, es decir, la más graciosa de las servidumbres voluntarias. ¡La *maîtresse*! es la dama de la caballeresca Edad Media, pero que ha bajado ya de su torre feudal. Os sonrío, os tiende su fina y blanca mano y se digna aceptaros por esclavo. Así es como lo entendían los enamorados de antaño y con qué aire orgulloso, sentimental y vivaracho, los personajes de las primeras comedias de Corneille, en aquellas es-

(1) *Maîtresse*, además de querida, significa dueña, ama.

cenas tan poco conocidas de la *Vida parisién* bajo el reinado de Luis XIII, pronuncian estas palabras:

Mi querida me está esperando para hacer una visita...

Y nuestro Desgrieux, con qué tono dice cuando encuentra a su Manon en el patio de una posada: «—Avancé hacia la *maîtresse* (dueña) de mi corazón...» No crefan esos amantes, que una mujer desmereciera, ni fuera menos digna de respeto, por haberse entregado a ellos. Designaban con el mismo término sumiso y apasionado a aquélla, de que no besaban más que el perfumado guante, y a la que se doblegaba a sus deseos por entero. ¡Ah! ¡Tiempos de antaño, cuanto más lejos estáis de nosotros respecto a eso de formar concepto, de hacer apreciaciones y de sentir, que están los falsos lunares, los tontillos, los sombreros con plumas y la cortesía!... Si queréis medir el camino que se ha recorrido desde aquellos tiempos novelescos hasta el cinismo actual, poned en práctica el siguiente experimento. Hablad con varios amigos o camaradas vuestros de una mujer de mundo, de quien se sospeche tenga un amante y, como para desvanecer esa sospecha, alabad sus condiciones morales, su talento y su rectitud, la confianza que inspira su trato y su bondad, su fidelidad como amiga y su gracia, todas las mejores cualidades, en fin, que en una dama puedan concurrir, y cuantos os escuchan, contestarán a una:

—Esto no quita que sea la querida de Fulano de Tal...

Y recalcarán la palabra *querida*, como un insulto echado a la faz de aquella mujer. Es verdad que si el

demonio de la ironía os posee, podréis proporcionaros un espectáculo bastante chistoso hablando a ese moralista de sus propios amores; se sonreirá como un triunfador, y pronunciará la siguiente frase:

—Sí, amigo mío; era yo entonces el amante de una mujer muy linda, casada y que...

Yo, que no he conservado de mis antiguos éxitos en el liceo, como estudiante de matemáticas, más que una costumbre, pero incorregible, la de la lógica, he recogido con demasiada frecuencia estas dos frases u otras parecidas, y de ellas he deducido que, en la sociedad contemporánea, el tener una mujer fuera del matrimonio, es la mayor gala de que pueda enorgullecerse el hombre y que, a la inversa, pertenecer a un hombre fuera del matrimonio, es la mayor vergüenza que pueda recaer sobre una mujer. Esta paradoja, formada al calor de la vanidad o del orgullo masculino, trae siempre a mi memoria el diálogo que medió entre Casanova, que había adquirido por dinero el título nobiliario de Seingalt, y el emperador José II.

—Desprecio a los que compran la nobleza, señor Casanova—dijo el emperador.

—¿Y a los que la venden, señor?—replicó inclinándose el audaz aventurero, como le llamaba el príncipe de Ligne.

Cuando un parisién de nuestros días dice, suspirando, a una mujer: «os amo», es poco más o menos como si la dijera en términos precisos: «—Señora, os invito a realizar conmigo un acto, que no se puede hacer sino entre dos; pero que presenta, además de su placer intrínseco, la particularidad de que dará el

derecho a mí, de obtener una gran satisfacción de amor propio, y a vos, el más merecido desprecio...» Consignado esto, he aquí ahora una verdadera definición de la palabra *maîtresse* (querida), que puede escribirse en el diccionario galante:

DEFINICIÓN A (de los hombres).

Querida, s. f., palabra ultrajante con que un hombre califica la conducta de una mujer, que ha tenido la imprudencia de entregarse a él o a alguno de sus semejantes.

* * *

Los optimistas que creen en el progreso, podrán ver en ese sentimiento la prueba de una superior equidad. Pensando de ese modo, dirán: «el hombre moderno se hace justicia...» En cuanto a mí, que escribo usando del derecho que me asiste de analizar las cosas, no considero esa palabra según la fórmula anterior, y continúo examinándola con el microscopio. Después de haber descubierto en ella ese absoluto desprecio del hombre para la mujer que ama, veo también en dicha palabra un desprecio igual de la mujer... ¿Creéis que para el hombre?... Nada de eso, para la mujer también; así es que la boca de la parisién aparece tan desdeñosa y tan insultante como la del hombre, al pronunciar la misma frase:

—La señora N... ¡Ah! sí, la *querida* de fulano...

Ambos sexos, según se ve, coinciden en eso de juzgar con severidad los amores ilegales; pero cuando un hombre y una mujer afirman la misma idea en

los mismos términos, se puede tener la certeza de que esa comunidad de pareceres no es más que aparente, y, en efecto, mientras que en el hombre el desprecio a la querida suya y, sobre todo, a las de los demás, supone un fondo de ese odio salvaje del hombre primitivo, que se encuentra en el civilizado de la decadencia, el desprecio de la mujer, es casi siempre ocasionado por la envidia. Fijémonos bien en el origen o causa de esto, para comprender lo que decimos, pues si bien es cierto que el excluído está en un estado permanente de ira contra todos los amantes, no lo es menos que esta ira se trueca en furor con la excluída; es una especie de delirio, algo que no tiene nombre, una cosa parecida al sentimiento que experimenta un autor a quien han silbado, para con aquel que ha sido aplaudido, o al rencor de un novelista sin trabajo, contra las producciones de un escritor en boga. El excluído, a cualquier categoría que pertenezca, bien sea feo o pobre, encuentra siempre de vez en cuando una ocasión para satisfacer su sensualidad, y si dispone de algún dinero, las amables embusteras que representan la comedia del «amor fingido» se le presentarán a centenares. Pero ¿qué remedio tiene la mujer excluída para satisfacer su apetito amoroso, cuando este apetito la consume? La fea, por ejemplo, la verdadera fea, la que no puede decir como una bribona oriunda del Mediodía, a quien oí gritar con acento marsellés en el jardín de las Folies-Bergère: —«En cuanto a la cara, no digo nada; pero por lo que hace al cuerpo, me las apuesto con todas.» La fea, la absolutamente fea, la que sabe que lo es, ¿en

dónde encontrará un hombre dispuesto a mentirle, a cantar con ella el dúo de Romeo y Julieta, por el que suspira la infeliz, como un boticario sin cliente. La suspira por la aparición de una epidemia? No hay mercado de hombres a tanto la sesión, como lo hay de mujeres al revolver de todas las esquinas de las calles poco transitadas, y si bien pudiera suceder que existiesen hombres que se presten a ser alquilados por un rato, como las mujeres, confesemos que es raro encontrar eso en las clases elevadas y más raro aún en la burguesía.

Y siendo esto como digo, ¿qué le queda a la excluída? Si no tiene dote, su suerte mejor será un casamiento casual, una especie de asociación fría y triste, con la infidelidad cierta de él, desde el primer momento. Si tiene fortuna, se pagará el lujo de un marido buen mozo, que costeará inmediatamente queridas con el dinero de la comunidad. ¡Con qué mirada, una mujer casada de este modo, por su dinero, apenas acariciada por deber, descuidada años enteros por su marido, y nunca, nunca cortejada, recogerá la entrada en un salón de otra joven radiante de hermosura y de felicidad, que tiene en su sonrisa, en su triunfante languidez, en la gracia de su mirar y en la de su tocado, en el porte de su cabeza y en todos sus gestos ese aire de «amada» tan perceptible para todo el sexo femenino! Y si cuando algún indiscreto indica en aquel momento a la pobre excluída un joven elegante y robusto, diciéndola: «Ese es el amante», la envidia, esa pasión formada por el residuo de nuestras desvanecidas esperanzas, de nuestros egoísmos y de nuestras pérdidas ambiciones, no inun-

da con hiel el corazón de la fea, habrá motivos suficientes para arrodillarse delante de ella, como pudiera hacerse ante una santa; pero no hay cuidado de que deterioremos nuestros pantalones en tales actos de adoración. El frenesí envidioso que se apodera en aquel instante de la excluída, no reconoce como superior más que el de la mujer antes elegante, y vieja ya, que ve su pasado irónicamente evocado en su presencia por la recién llegada. Estas dos rabias envidiosas se codean con una tercera, la de la mujer abandonada hace un año por un buen mozo, y he aquí los pequeños pinchazos que salen de estas tres bocas:

—¿Os figuráis, acaso, que las mujeres honradas no han sufrido también tentaciones?—dice la excluída, después de haber expresado su horror profundo respecto a la *querida* de que se trata. Y esta excluída se cree, en efecto, una mujer honrada, porque no tiene que echarse en cara nada que no sea la calumnia, la maldad, la avaricia, la pereza, la gula, la envidia, la mentira y, en fin, todos los pecados capitales que no necesiten cómplice para cometerlos.

—No sé qué es lo que los hombres de hoy tienen en la cabeza para amar a criaturas que se visten y se prodigan como las horizontales...—dice la ex joven y ex hermosa que ha concluído por creerse sentimental; tan triste está por el pesar de no poder entregarse como antes al sensualismo de la materia.

—No es tan difícil reunir a los hombres alrededor de sí, cuando una se lo permite todo...—murmura la abandonada, que olvida de buena fe las singulares

complacencias que ha consentido para retener más tiempo a su antiguo amante.

Tales escenas y multitud de otras iguales, justifican esta segunda definición de la palabra *maîtresse* (querida):

DEFINICIÓN B (de las mujeres).

Querida, s. f., palabra ultrajante con que una mujer califica a las personas de su mismo sexo, con quienes un hombre hace lo que nunca hará o no quiere ya hacer con ella...

¿Y no sería bueno añadir aquí estas dos notitas?

XI

De cien mujeres virtuosas, no hay más que cinco o seis que sean honradas; las otras noventa y cinco no perdonarán nunca su virtud a las demás.

XII

Las mujeres más galantes se creen sinceramente virtuosas, cuando se trata de juzgar a sus rivales.

* * *

Sincero o hipócrita, rencoroso o envidioso, el desprecio combinado del sexo fuerte y del sexo débil para la mujer que se entrega, ¿creéis que la despreciada lo ignora? Nada de eso; pero es mujer y el

amor es para ella una necesidad de la vida, pues para él ha sido creada, o se cree serlo, que es igual. Como las leyes no le permiten este amor más que en el matrimonio, y como por otra parte las costumbres se encargan de impedir, con la mayor frecuencia, el encuentro del matrimonio con el amor, deja toda consideración a un lado. Veremos en las *Meditaciones VI* y *VII* los variados motivos de orden o de desorden que tienen para obrar de tal modo. Antes de empezar a resolver el problema de por qué la mujer moderna toma un amante, es necesario que la estudiemos en su estado mental, antes de la falta, es decir, en la idea que se forma de ésta. Ahora bien, como esa idea es en gran parte el producto de la educación, llegamos a un punto tan delicado, como nuestro estudio respecto al desenvolvimiento del instinto sexual en el hombre moderno: este punto es el desarrollo del mismo instinto en las jóvenes de nuestros días. Pero esto es, para el analizador concienzudo, un caos, un insondable abismo, y con seguridad que un hombre, médico y confesor a la vez, no llegaría a definir con propiedad las causas de todas las modificaciones íntimas de la que el casto Vigny llamaba:

... niña enferma y doce veces impura...

porque la vida de una joven de diez y ocho a veinte años en París, presenta contrastes que no se pueden descifrar. Es una mezcla desconcertante de ignorancia verdadera y de adivinaciones anticipadas, de virginidad intacta y de precoz conocimiento del mal. Y no es una, sino doscientas, las jóvenes modernas que ofrecen estos casos; desde la hipocritilla, de

quien dice suspirando su madre: «es un ángel» y que lee *Faublas* y otros libros tan obscenos como éste, sin que su madre lo sepa, hasta la muchacha muy *fast*, como dicen los ingleses, que gusta de diversiones, tan bien dibujada por *Gyp*, si bien ésta, no obstante, suele ser con frecuencia una inocente con apariencia de cocotte. Tengo yo anotadas no veinte, ni treinta, sino doscientas observaciones recogidas en todas partes y clasificadas en una cartera, con este extravagante título: *bocaux* (botes), aludiendo a esos botes en que los naturalistas conservan reptiles en alcohol.

Confieso que pasando revista a esta colección, no completa por cierto, encuentro en ella muy pocos animales desarmados o inofensivas culebras; pero en cambio hay un gran número de víboras muy temibles; así es que, si bien tengo sinceramente lástima de las mujeres al pensar en el amante que las edifica esa fábrica de neurosis, que es la civilización actual, también me apeno a la vez por este amante, al considerar a la mujer preparando para él la misma fabricación. Enrique Heine decía del caballero amado por la hada Melusina: «¡Hombre feliz, cuya querida no era más que media serpiente!...» frase de circunstancia que me recuerda mis botes. He aquí tomadas a la casualidad algunas muestras de ese Museo contemporáneo:

Pueblo.—Eugenia V..., diez y siete años, obrera, encontrada en la calle de Rousselet, a lo último del arrabal de San Germán. Esa calle, muy antigua, tiene por un lado la pared del jardín de los hermanos

de San Juan de Dios, y por el otro casas muy viejas con tiendas de ropavejeros, zapateros remendones, lavanderas y tabernas. Eugenia, sin nada en la cabeza, corría por la acera. Estaba paseándome con un amigo, hablando de Stuart Mill... La joven no nos vió, ni nosotros tampoco a ella. Tropezó con mi amigo y su risa se dejó oír tan franca y tan comunicativa, que nos atrevimos a hablarla. Se detuvo para respondernos, y, apoyada contra la pared del jardín, sacó de su bolsillo un papel, de éste una chuleta de cerdo con patatas y empezó a almorzar, siempre riendo, dorando el sol sus cabellos, que relucían como la seda, y ofreciendo a nuestras miradas un rostro delicado, a la par que marchito y crapuloso. Nos contó que estaba trabajando en un taller que se hallaba a dos pasos, en la calle de Vaneau, y como podía disponer de media hora, la llevamos en nuestra compañía, para hacerla hablar, a un café del boulevard de los Inválidos, en donde comían en otros tiempos algunos de mis colegas empleados en el ministerio de Instrucción pública, y que yo había bautizado con el nombre de *Café de las agonias del celibato*. Eugenia pidió caracoles, vino blanco y empezó el relato de sus memorias, como María la partera, en el periódico de Goncourt. «—He nacido cerca de aquí—dijo—, calle de San Romain; mi padre era ebanista y mi madre planchadora; éramos cinco hermanos, y cuando mi padre se emborrachaba, nos pegaba a todos, y a mi madre también.»

Esto nos lo estuvo contando riendo siempre, diciéndonos al mismo tiempo, que su padre había muerto, que seguía viviendo con su madre, y que te-

nía un amante, a quien nombró. Era un muchacho que vivía en la misma casa que ella y que aprovechándose un domingo de la ausencia de su madre y de sus hermanos, la hizo entrar en su habitación... «—Así fué»—añadió, siempre riendo y bebiendo. Tenía las manos llenas de erosiones, las botas rotas y los dientes más bonitos que se puedan ver. «—Cuando yo tenga un sombrero—dijo—, iré a Bulier...» Y sus párpados se movieron, como se mueven a impulsos del placer.

Desdó luego se me representó en mi imaginación el hortera o el estudiante que se apoderaría allí de ella, y sacando una moneda de oro de mi bolsillo, se la di para que se comprara el sombrero. Sus ojos brillaron como diamantes; pero luego un relámpago de desconfianza pasó sin duda por ella. «—¿Es falsa?»—preguntó con tono entre risueño y serio, y la mordió para probar el metal, añadiendo después: «—Es que los hombres, ya sé yo, sois todos unos embaucadores...»—y salió corriendo para irse al taller, diciéndonos con sonrisa picaresca «hasta la vista», sin cuidarse más de nosotros, que de los caracoles que había tomado, del vino de Saumur que se había bebido y de la historia que nos hubo de contar...

—He aquí cuál es el punto de partida de una bribona—dije yo—. Antes de seis meses estará en el barrio latino, dentro de un año en una cervecería, y después, en las Folies-Bergère o en un Edén cualquiera... luego... Es lo desconocido, que va desde un hotel hasta la casa de prostitución. Pero no hemos necesitado decir a ésta, que el hombre es su enemigo,

porque lo sabe muy bien. Y mirándola correr, ya pervertida, siendo todavía una niña, no sé por qué me acordé de lo que dijo una de esas muchachas, delante de mí, respecto a los hombres. Estaba con una amiga suya mirando la jaula de los monos en el Jardín de Plantas y pronunció esta frase, que resumía su opinión: «—Bien pensado; no les falta más, al fin, que tener dinero.»

Burguesa pobre.—Matilde M., diez y ocho años, bastante alta, muy delgada, morena, demasiado pálida, ojos muy negros, quevedos. Su padre es subdirector en una oficina, con seis mil pesetas de sueldo anual y otras gabelas para los gastos de la casa. Dos hijos: Matilde y Carlos, que está de interno en un colegio de provincias. La joven ha estudiado para maestra, ha seguido todos los cursos que hay que seguir, y ha sufrido todos los exámenes correspondientes.

Sus padres son parientes míos, aunque lejanos, y voy de cuando en cuando a verlos a causa de ella, porque me ofrece un curioso ejemplar del resultado de las nuevas ideas, respecto a la educación de las jóvenes. Creo que es un tipo, aunque no puedo determinararlo en absoluto, porque este es el escollo de todas las observaciones. ¿Dónde acaba el caso? ¿Dónde empieza la clase? Matilde ha leído mucho; pero sin método, sin orden, sin raciocinio y eso es lo bastante para llenarse la cabeza de un sin fin de paradojas, que favorecen sus malos instintos. Su padre es muy aficionado a la lectura de los periódicos socialistas y enemigo acérrimo de los curas. Sus conviccio-

nes nacen del rencor, que llena su corazón por no poder medrar, de la envidia y del odio a todo aquel que le supera en buena posición. La madre, débil y miedosa, se oculta sigilosamente para ir a misa, y en cuanto a Matilde, he aquí la conversación que tuve con ella hace pocos días:

—¿Creéis en Dios, señor Larcher?

—Sí, señorita; pero con sencillez, como el carbonero de la esquina—la contesté—, porque he acabado por comprender, que es la hipótesis menos absurda que se ha podido imaginar hasta ahora para explicar el mundo.

—¿Os burláis de mí?—dijo ella riendo.

—¿Por qué?

—Veamos—añadió encongiéndose de hombros—.

¿Os imagináis acaso que no sé yo que no hay si quiera un hombre inteligente que crea en Dios...?

Tal es su lógica. Además, algunas palabras de calor que recuerdan lo que pasa en los colegios y que se le escapan en la conversación, me prueban que su hermano y ella sostienen diálogos por demás singulares.

Cuando permanezco hablando con ella algunos momentos, noto que todas las asociaciones de sus ideas se relacionan con el falso París de los periódicos del boulevard. Desde el rincón de aquel cuarto de los Ternes, que ofrece el aspecto de una triste medianía, Matilde sueña con las «primeras representaciones» y con «el mundo». Sabe anécdotas de todos los hombres notables en la política, en las artes y en las letras, las ha recogido a la casualidad en sus lecturas o en algunas conversaciones, y son falsas, como todas las anécdotas. Como es de suponer Matilde,

tiene que pensar en dar lecciones o en casarse a gusto de su padre; pero sus trajes pretenciosos, su mirada sin inocencia y su aire voluntarioso, indican que dentro de diez años lecciones y casamiento se verán abandonados, y que esa joven será una mujer entretenida, de la peor especie, que querrá volver, por medios regulares, a la clase media; porque está visto, que cuando estas mujeres han conseguido el lujo que apetecían, cazan al hombre que se casará con ellas, con la misma ferocidad con que el salvaje procura, para su prez, cortar una cabellera humana. Después de continuos y reprochables desvaríos, buscan un nombre honrado para escudarse en él y a su amparo conseguir que el mundo olvide lo que han sido.

Burguesa rica.—Marta y Julieta R..., hermanas, de diez y ocho y de diez y nueve años. En otros tiempos había cien mil francos de renta en la casa; pero los R... tienen la manía de las recepciones y tanto han gastado, que si liquidasen, se hallarían reducidos a menos de la mitad. Hacen ahora lo que el jugador que corre detrás del dinero perdido, continúan dando recepciones en su hotel de la calle Rembrandt, y llevan a sus hijas a *soirées*, a visitas y a teatros.

Con semejante régimen, las dos niñas, que tienen el temperamento endeble de las parisienses, nacidas de padres parisienses, se han puesto muy delgadas, y ofrecen sus rostros esa tez medio marchita, que con la luz artificial puede pasar por frescura. ¡Y qué conversaciones las suyas!... Sus padres y los ami-

gos de éstos se han permitido delante de ellas tantas alusiones a ciertas relaciones mundanas, reales o fingidas; el círculo de señoras sentadas alrededor de la mesa de té, al lado de su madre, ha olvidado tantas veces que estaban ellas ahí; sus compañeras de la niñez, casadas ya, les han hecho tantas confidencias, que no les queda por aprender del amor, más que su grosera fisiología.

Son estómagos tan gastados como su inocencia, temperamentos puramente nerviosos, a quienes el médico prohibirá la maternidad en cuanto les nazca el segundo hijo. ¿Religión? La tienen como quien tiene un dije, un prendido cualquiera, papel timbrado o tafilería del mejor gusto, cosas todas que forman parte de su vida elegante. ¿Principios? No profesan otros que los de una joven que se casa para ir a los pequeños teatros, para gastar el dinero sin provecho y sin necesidad, para salir sola y para leer los libros peligrosos... ¡ay! ¡los nuestros. «—Esto es para después que me haya casado...» —me dijo Marta el otro día, hablando de una novela escandalosa—. Saben lo que se ha de pensar respecto a la severidad del mundo para el adulterio, porque han pasado su adolescencia viendo a sus padres acogiendo con placentera sonrisa y convidar a señoras y a caballeros unidos, pero no casados. El otro día, como entrara una señora, en el salón donde nos hallábanos, con un niño que pasa por ser hijo de uno de mis mejores amigos, involuntariamente el nombre de éste se escapó de los labios de Julieta, que estaba hablando conmigo. Conocía perfectamente toda aquella historia, y lo comprendí por su sonrisa cuando la miré,

pues se apercibió de que había adivinado sus pensamientos. Ambas hermanas tendrán un dote pequeño; pero se las casará ricamente con advenedizos mal relacionados, y dentro de diez años, si la repugnancia que me produce la observación de tantas miserias no me ha hecho abandonar para siempre el mundo parisién; limpiaré el cristal de mi buen microscopio, para estudiar su juego... ¡y para decir, que no me equivocaba hoy al pensar que hay en París algún joven que duerme ahora tranquilo y cuyo destino es el de ser el amante de una de estas muchachas! ¡Pobre hombre, o mejor dicho, pobre diablo!

Alta sociedad.—Carlota de Jussac Randon... Este ejemplo es distinto de los anteriores; es menos directo y menos preciso. Además, es una excepción, mientras que Eugenia, Matilde, Marta y Julieta son, o me parece ser, más comunes.

En verdad que no se necesita tanto para demostrar que educar hijas sin Dios, sin el cariño de la familia y entre las enseñanzas de la atmósfera del mundo actual, equivale a preparar prostitutas implacables, adúlteras desequilibradas, divorciadas peligrosas; ese formidable desecho, en fin, de las virtudes femeninas que vemos y veremos cada vez más, porque los padres han dado en la manía de poner también internadas en los colegios a sus hijas, como si no fuera bastante con los hijos. Y en su consecuencia, prefiero concluir este análisis, con algunas reflexiones, que someto a los comentarios del lector.

XIII

Cuando una mujer se entrega a un hombre, si éste fuera cortés, enviaría su tarjeta a los padres de su nueva querida, escribiendo debajo de su nombre: «Se os dan las gracias más expresivas.» De cien veces, noventa y nueve la merecen.

XIV

Cuando una mujer es madre y toma un amante, es casi siempre igual a que si le diera uno a su hija.—Nota bene. Ese amante no será el mismo.

XV

La moralidad de una mujer a los treinta años, es la misma que tuvo a los diez y ocho, menos lo que de ella le ha quitado la vida: 0 — x... (cero menos algo). Hay fórmulas de álgebra aplicables a este gusto.

XVI

Un padre se muestra satisfecho al decir «mi hija no ha leído novelas» y está contento por eso; pero le deja hablar sin testigos con su hermano que acaba de llegar del colegio, o encerrarse en su cuarto con sus amiguitas. Los peores libros no se hallan en los estantes de las bibliotecas; van y vienen por la calle, encuadrados con uniformes o trajes de medio largo.

XVII

Las virginidades sin inocencia constituyen una especialidad de nuestra civilización. Los bárbaros que violan a las mujeres en las ciudades que tomaban por asalto, dejaban tras de sí inocencias sin virginidad. Existen progresos indiscutibles en la delicadeza de los procedimientos.

XVIII

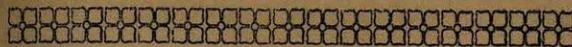
Cuando la sociedad moderna ha convencido perfectamente a una mujer, bien sea por el teatro y por el libro, por la música y por la conversación o por los ejemplos y por los consejos, de que no existe en el mundo otra felicidad para ella que el amor, la induce, por medio de algunas palabras pronunciadas por un señor ceñido con un fajín, que sacrifique esa dicha única... ¿a qué y a quién? A la comodidad de un hombre que ha frecuentado durante quince años el trato de bribonas; a las hipocresías de una reunión de mujeres, de las cuales unas han pasado su vida en galanteos y otras sienten no haber gozado de este placer; y para obedecer a una ley redactada entre dos botellas de vino, por legisladores que representan una mayoría de inconscientes, de los que de diez, nueve han pasado su vida renegando de su programa. Tal es el matrimonio civil en toda su excelsitud, decaída en mucho hasta aquí por el casamiento religioso que le sucede. Pero esta mancha tiende a desaparecer.

XIX

Uno de los cinismos más singulares del hombre consiste en pretender que la falta cometida por la mujer, es peor que la suya, porque la de aquélla puede tener consecuencias de procreación, como si entre la amante que se hace embarazada y el amante causa de tal embarazo, hubiera la menor diferencia de responsabilidad. Notemos, sin embargo, esta apreciación general: de cien hombres que tuvieran una sola probabilidad contra mil de que de su trato con la mujer habían ellos de resultar embarazados, teniendo después que dar a luz el fruto de su amor y soportar lo demás que sobreviene, no habría ni uno solo siquiera que acudiese a la cita de su amada. Pero, paciencia, que la nueva educación, exclusivamente laica, según consignan los programas políticos, nos promete una generación de mujeres que a los veinte años sabrán estas cosas y algo más. Cuando se realicen del todo dichos programas, habrá que buscar un tercer sexo que ayude a la Naturaleza a cumplir la ley que le obliga a propagar la especie humana.

XX

La unión de dos tedios y el desafío de dos depravaciones; he aquí lo que los progresos de nuestra época, tan singularmente ignorante de las leyes de la vida interior, están haciendo del amor, realzado por el Cristianismo hasta las sublimidades de la religión. Sucederá con esto como con el Burdeos moderno, en el que de todo hay menos vino. En ese amor habrá también de todo, menos amor.



MEDITACIÓN VI

DE LA QUERIDA

(Continuación.)

¿Por qué razón, sabiendo los peligros a que se expone, las decepciones que la esperan y las angustias que ha de sufrir, una mujer de estos tiempos admite un amante? Este problema, indicado en la anterior meditación, se me presenta ahora tan insoluble como la cuadratura del círculo. ¡Una mujer! ¿Qué mujer...? ¡Un amante! ¿Qué amante...?

Cuanto más avanzo en esta obra analítica, empezada, puede decirse, a la casualidad, más difícil se me hace el llegar al descubrimiento de la ley general en el más individual de los asuntos y me acuerdo de un refrán español, filosófico en verdad, que me fué enseñado por un andaluz en circunstancias particulares. Este ejercía la profesión de cochero y también servía de guía. Nos estaba enseñando, a un inglés amigo mío, lord Herbet Bohum, y a mí, los cuadros de Murillo que se hallan en la catedral de Sevilla.

Aquel hombre estaba vestido de negro y bastante sucio; su tez tenía el color de los cigarros habanos,